

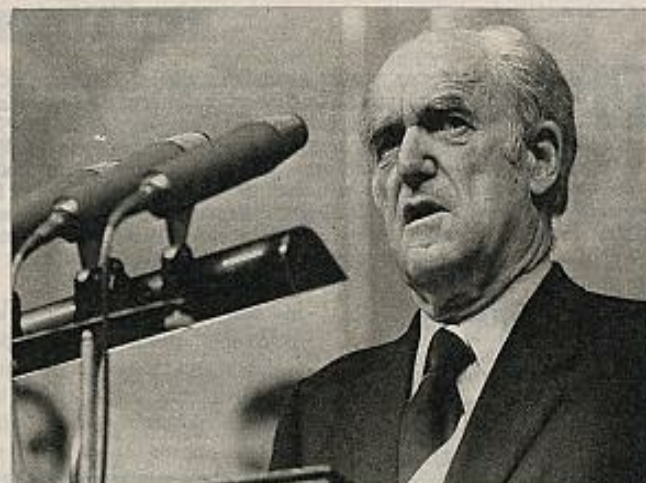
SOMATEN, SI SOMATEN, NO

HAN sido o no disueltos los somatenes? Lo anunció el ministro del Interior, los somatenistas acogieron la noticia "con lágrimas en los ojos", los "ultras" de la derecha con considerable indignación, y Martín Villa mismo hace uno de esos ya habituales cambios semánticos que desorientan: la disposición del Consejo de Ministros no significa "ni mucho menos" que la institución de los somatenes vaya a desaparecer. Sin embargo, la referencia oficial del Consejo del pasado viernes estaba suficientemente clara: los somatenistas deberán hacer entrega de las armas largas y municiones a la Guardia Civil, así como de las insignias, distintivos y documentos de identidad de somatenistas, porque "desaparecidas las circunstancias que aconsejaron su creación y existencia, y atendiendo al principio de que la seguridad y el orden ciudadanos debe ser misión propia y exclusiva de los cuerpos de seguridad, resulta obligatorio acordar la disolución de este tipo de organizaciones armadas". Todo está relacionado, sin nombrarlo, con el "escándalo" de Cuenca: un reparto de armas largas a ciudadanos considerados como "ultras" y que resultaron ser somatenistas.

El somatén fue una institución medieval catalana, prolongada durante siglos, fundados bajo el derecho de "Paz y Tregua", sostenidos por la consigna de "Pau, pau i sempre pau", cuya base es la tenencia de armas por civiles para defenderse de bandidos y malhechores. Era lógico que, con el correr de los tiempos y con las formas autocráticas, los somatenes tendieran a convertirse en fuerzas conservadoras, y los malhechores vinieran a ser los anarquistas, los sin trabajo y, en casos más agudos, las gentes de izquierda. El general Primo de Rivera, durante su dictadura, comprendió muy bien de qué au-

xilio podría ser el somatén, y decidió extenderlo a toda España (1923), pero no pudo durar demasiado tiempo la organización, ni llegó a serle de demasiada utilidad: la República llegó en 1931, y disolvió los somatenes. Pero ya le pasó a la República algo de lo que le ha pasado ahora al ministro del Interior: chocó con una tradición catalana, con las viejas páginas de gloria y heroísmo de los somatenes, como el tambor del Bruch, o la lucha contra los franceses en Rosas; y la República decidió que el somatén podría continuar en Barcelona y la región catalana en general, pero que quedaba suspendido en toda España. Perdió su guerra la República, y el nuevo Estado reconstruyó el somatén para todo el país, por Decreto de 9 de octubre de 1945: debería servir para combatir a los últimos guerrilleros (el anarquista Sabater sería una de sus víctimas). No puede haber ningún equívoco de a qué filiación de ciudadanos entregaba el Gobierno armas y licencias para tenerlas, y de cuál era su actuación en la posguerra.

Martín Villa pretende ahora que sirvan "para casos de desgracias, epidemias, salvamentos en riadas o nevadas". Sobre todo, los somatenes catalanes son buenos: "Cuando fui gobernador civil en Barcelona, participé en una concentración de somatenes y me llevé una extraordinaria impresión de ellos, como cuerpo disciplinado y con capacidad de servicio". En la disolución dictada por el Consejo de Ministros, hay una contradicción: los somatenes tendrán que entregar las armas largas, pero en cuanto a las armas cortas, "tendrán que legalizar o convalidar la correspondiente licencia para su posesión y uso". Y, según Martín Villa, hay ochenta mil armas cortas fuera del control de las licencias normales. Lo suficiente como para "armar un somatén".



EUSKADI

JUAN DE AJURIAGUERRA

HA muerto en Estella, la antigua Lizarra de los vascos, zanjando de este modo una polémica tan moderna como artificial, ya que el viejo luchador no podía morir fuera de Euskadi. Su cadáver fue conducido a la Diputación de Vizcaya, donde decenas de miles de personas le rindieron su último homenaje. Vino también el honorable Tarradellas y, ante la frialdad de los miembros del Consejo General Vasco, tuvo que ser precisamente Telesforo Monzón el encargado de romper el hielo mediante un abrazo casi comparable al de Vergara.

Entre los quince mil asistentes al funeral, celebrado al día siguiente en la basilica de Begoña, habría —es muy probable— gente afín a ETA, de los que un día dijo: "Volverán por la misma puerta por donde han salido", porque los primeros militantes eran muchachos de Euzko Gaztedi, rama juvenil del Partido Nacionalista Vasco y, por lo mismo, disidentes suyos. Pero la muerte le ha sobrevenido "antes" de ver el regreso de los hijos pródigos al hogar paterno.

Juan de Ajuriaguerra Ochandiano nació en Bilbao hace ahora setenta y cinco años. Consagrado desde su primera juventud a la causa vasca, llegó muy pronto a ocupar puestos directivos en el PNV. En la guerra civil se distingue por su actividad y él es quien, después de la caída de Bilbao, lleva a término el pacto de los vascos con las fuerzas italianas de ocupación. Franco no acepta este pacto y los restos del Ejército de Euskadi, junto con miles de refugiados civiles, se ven bloqueados frente al mar en Santoña (Santander). Es cuando, sintiéndose responsable de una deslealtad ajena, Ajuriaguerra, que ya está a salvo en San Juan de Luz, vuelve al lado de su gente a bordo del avión El Negus, para ser inmediatamente juzgado y condenado a muerte.

Durante nada menos que ochocientos días penderá sobre su cabeza la pena capital, hasta que le es conmutada. Pasa después en prisión seis años más y en 1952 sale con libertad provisional, para repartir inmediatamente su existencia entre la clandestinidad y el exilio. Luchador incansable, conspirador nato, solía aparecer —en los difíciles años del franquismo— en los lugares más imprevisibles, siempre para exigir compromisos contraídos. Con razón se ha dicho que Ajuriaguerra fue "el alma de la Resistencia Vasca" y, de hecho, sus nombres de guerra "Arteche" y "Ochoa" llegaron a ser míticos durante más de treinta años.

En las elecciones del 15 de junio obtiene su acta de diputado por Vizcaya. Es también consejero y vicepresidente del Consejo General Vasco, cargos que le impiden, por reglamento interno, seguir siendo presidente del Euzkadi Buru Batzar, máximo organismo del PNV.

Figura casi legendaria, barojiana, áspero de carácter y, sin embargo, no exento de ternura, noble y generoso, incluso con sus enemigos, solterón empedernido —tal vez porque el ideal de la patria no le dejó tiempo ni margen para el matrimonio—; todos los aspectos polémicos de su trayectoria vital se hallan a la sombra del gran ideal de su vida: la libertad de Euskal Herria. Y esto es algo que nadie, ni en los peores momentos, le ha discutido. Golan bego. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.